

mera entrega" existen dos nombres que merecían, por obra publicada y trayectoria literaria, ser incluidos en la presente antología: Isabel Fraire y Gabriel Zaid. De Fraire sabemos que colaboró en *Katharsis* (no *Khatarsis*, como repetidamente escriben Salazar y Cuéllar) y que dicha revista le publicó quince poemas en 1958, y de Zaid, que además de nacer en Monterrey publicó sus primeras poemas en la misma revista. En este sentido, nos parece un tanto ridículo que no se les haya incluido, ¿o es que la trayectoria de ambos, su propia obra, los dispara o distancia de los demás que colaboraron en *Katharsis* y *Apolodionis* que sí fueron incluidos?

Por lo que respecta a Amando Colunga, que si bien no tiene obra publicada, sí participó en el taller "Caligrama" en 1976 y obtuvo el primer lugar en 1979 en el concurso estatal convocado por el Frente Cultural Universitario; a Patricia Laborde, que participó en el taller "Tinta joven" y publicó en los cuadernos del taller su libro *Ángulo sal* en 1982, que ha publicado en los suplementos periodísticos de aquella ciudad y otros del Distrito Federal, además de ser actualmente coordinadora, junto con Eligio Coronado, de la hoja de poesía *La hormiga herrante*, y a Roberto Cruz Zúñiga, que participó también en el taller "Tinta joven" y publicó en los cuadernos del mismo taller el libro *Del mural de las esquelas*, 1982, son tres de otros muchos poetas que bien pudieron ser considerados en la multicitada antología. Inclusive, como dato adicional, hemos de decir que Cruz Zúñiga, chiapaneco de nacimiento —pero regiomontano por adopción— fue incluido por Oscar Wong en la antología que realizó de poetas chiapanecos y recientemente apareció en la muestra de poetas y narradores denominada: *Aquí y ahora, los nuevos*, que seleccionó y publicó la revista *Casa del tiempo* (39) de la UAM, de abril del presente año.

Si bien los jóvenes que trabajaron por los años 1975 y 1976 removieron las aguas del ámbito literario regiomontano y surgieron los talleres de "Caligrama", "Tinta joven" y "Artefacto" como los más representativos, lo cierto es que han sido pocos los avances, pues se siguen dando los mismos vicios que se dan en otras latitudes: cuatrichismo, compadrazgo, oportunismo, egocentrismo, etc. Por eso, y aquí sí hablo a título personal, creo que en la antología imperó más el criterio de que-

dar bien con determinadas personas y actitudes que el del interés y valor que pudiera tener para la literatura mexicana una obra de esa naturaleza, aunque fuera como fichero y muestra de un quehacer. En este sentido, como lo afirmó Rosaura Barahona en una entrevista que se publicó a finales del año pasado en aquella ciudad, el ambiente literario de Monterrey es *mediocre* y esta antología pone su granito de arena para reafirmar tal juicio. Que conste.

Arturo Ortega

México, ese otro

Del donjuanismo a la utopía, de *Terra nostra* a Durán, Sahagún y Las casas, de Colón a Cortés, de Moctezuma a Cuauhtémoc, de la reflexión humanista al signo, al símbolo, a la letra y la palabra, Tzvetan Todorov lingüista inesperadamente desmadejando la conquista de América) nos despliega una —su— lectura minuciosa de los textos capitales de la historia de México: reclassifica, neo-ordena, manipula, movimenta esta herencia de lenguaje detenido hasta ahora en la pueril balanza de lo falso-cierto y la sitúa alrededor de un eje en una abundancia de citas que nos la muestran "de nuevo".

Para los que pensamos que América ha sido el basurero de los sueños de Europa, América era, fue, como lo sugiere la transformadora palabra "inventar", un deseo europeo, la realización totalísima de lo que Raymond Aron llama: "El creer en lo que se desea". Todorov nos revela al Colón impulsado por la fuerza de su *creencia*: América es la realización de una profecía; los cíclopes, las sirenas, las Amazonas, los hombres con cola y el Paraíso Terrenal existen para él porque son indispensables a la fisificación del desear y del creer lo que Colón (quijoteado) ha leído en Marco Polo y Pierre d'Ailly. Las relaciones humanas de Colón quedan bloqueadas por su naturalismo libresco; poco a poco el Indio-Ganado; "buen salvaje" y "perro asqueroso" se disputan el desconocimiento de los indios en la persona de Colón.

▲ Tzvetan Todorov: *La Conquête de l'Amérique, La question de l'autre*. Editions du seuil, Paris, 1982.

Todorov va más allá de la fórmula feroz de Bertrand Russell: "primero, un mal enorme, y después un poco de bien". Su descubrimiento de la Conquista se convierte en una sumersión en su propia identidad. No solamente la califica de "El más grande genocidio de la historia de la humanidad", sino que reaviva una llaga exhibiendo una verdad lacerante: Cortés inaugura el hombre moderno, su barbarie es moderna, para luego constatar y asumir el papel de sí mismo: "La conquista de América anuncia y funda nuestra identidad presente".

Siguiendo la pista de *Visión de los vencidos* y *El reverso de la conquista*, Todorov cambia la dicotomía (¿dialéctica?) vencido-vencedor por un signo más aterrador: encuentro. "El otro" aparece en el centro de la reflexión de Todorov. Dos tipos de sociedades, dos "otros" se "encuentran" en la Conquista: La Sociedad de la Masacre (la española) y La Sociedad del Sacrificio (la mexicana). A cada una corresponde una forma de comunicación. Los españoles vehiculan el modelo hombre-hombre: la comunicación cortesana en la que predomina la improvisación y la adaptación. Los mexicanos viven en la comunicación hombre-mundo invadida por la repetición y el rito.

Por este camino, Todorov encuentra la pieza faltante para explicar la derrota mexicana. Hay varias razones, certeras pero insuficientes: la división de los mexicanos, la superioridad de las armas españolas, las reticencias de Moctezuma, la involuntaria guerra bacteriológica (la viruela es más mortífera que la peste; entre el siglo XVII y XVIII extermina el diez por ciento de la población europea). El elemento principal para el autor de *Théories du Symbole* es la pérdida del dominio de la comunicación de los aztecas. Moctezuma, maestro de la palabra, *tlatoani*, se niega a hablar con Cortés, ese "otro" que desordena el orden, lo habitual, la repetición (el "marcar el paso" diría Octavio Paz). La derrota mexicana se debe, antes que nada, a la tiranía de un mundo codificado, engranado en la palabra-clave: orden: "sólo puede volverse acto lo que ha sido antes palabra". Los testimonios aztecas confirman esta orfandad del lazo roto entre el yo colectivo y el universo: los dioses se han callado. En el enfrentamiento de la palabra ritual —memorizada, sacralizada— de los aztecas contra la palabra mundana —im-

provisada, adaptable— de los españoles, los primeros caen en una pérdida, en una *solecísima trisedad* que ninguna victoria militar conseguirá aligerar; además, vencer ¿para qué? Perdurar ¿cómo? Seguir con vida era intensificar, perpetuar la derrota.

En un intento desesperado por restablecer la comunicación con el mundo, el orden, los aztecas inventan los presagios una vez que los hechos de la Conquista han sucedido: en realidad escriben la historia mimando la premonición necesaria para no romper definitivamente la unidad de un cosmos que no puede ser concebido sino funcionando según las leyes de la repetición y el rito, porque los españoles eran la transgresión, *lo nunca visto*.

La "interpretación" de Todorov no se limita a la conquista armada. *La Conquête de l'Amérique* abarca cuatro capítulos: 1. Descubrir, 2. Conquistar, 3. Amar, 4. Conocer, y un epílogo sobre Las Casas. Trata ampliamente la asimilación-rechazo de los frailes que se interesaron en los indígenas, la esclavitud, el mestizaje cultural, la destrucción, el colonialismo... Me atrevería a afirmar que Todorov se deja sedu-

cir por uno de los primeros laicos que conoció y amó a los indios, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien escribió en el siglo XVI, al final de sus increíbles aventuras, esta frase hoy en día banal pero que tiende sin embargo un puente que atraviesa "la question de l'autre": "Todos los hombres desean saber las costumbres y ejercicios de los otros" (*Naufragios*, capítulo XXV).

Ahora que estamos "en el centro de la tormenta", un semiólogo búlgaro, Tzvetan Todorov nos da, en un francés de estilo admirable, este texto básico para entendernos —a nosotros y a nuestro otro—. Jacques Soustelle nos recuerda (*Les royaumes précolombiens*) que en el rito aprehendimos (¿amaestramos quizás?) el mundo: "Lo sabemos ahora, todo sol está condenado a morir". Los primeros cronistas de lo mexicano no agotaron su asombro; Todorov en su fascinamiento lúcido acaba de publicar *Récits Azteques de la Conquête* (Paris, noviembre de 1983), antología de textos de origen náhuatl y textos de origen español, más un análisis extraordinario de ambos, en colaboración con Georges Baudot, alumno del padre Angel María Garibay y actualmente profesor

de náhuatl de la Universidad de Toulouse.*

No bastaría la palabra (o no bastaría bastante) para ponderar la pertinencia de la reflexión de Todorov sobre lo que es y no es ahora México: debería traducirse con la misma urgencia con que se importa maíz o medicamentos. Si, como afirma Soustelle (*Les quatre soleils*), no todos llegamos siquiera a ser nadie para imponer a los otros nuestra verdad y condenar la suya, la cuestión del otro —del *mí* implícito— evocado por Todorov, medular en América, también supone la muerte negándose a sí misma, aplazando una identidad impuesta; o, como lo expresa Carlos Fuentes en la tan nuestra *Terra nostra* (pág. 737), somos "este pueblo sobrenatural, pues hace tiempo debió haber muerto de las causas naturales de la injusticia". Todorov parece recordarnos un deseo, para el yoísmo y la projimización, para nuestra historia y el no-olvido, para el presente y sus velos, la indignación, el abuso, el hambre; para yo y el otro: que no baste el silencio.

Dante Medina

* George Baudot, traductor al francés de la poesía íntegra de Nezahualcóyotl, tiene una obra fundamental para comprender la historia y la literatura mexicanas: *Utopie et histoire au Mexique*, Toulouse, 1976.



*José Carlos Cataño:
territorio mítico y
conciencia del éxodo.*

Todo empeño literario coherente con la indeterminación y el desconcierto propios de nuestro tiempo puede entenderse en principio como el esfuerzo, individual e irreducible, de una interpretación del mundo. Dejando ahora al margen la presencia de lo colectivo y de lo exterior —la Historia determina la obra de creación a la vez que ésta incide en aquélla—, el escritor organiza y pone en pie toda una articulación a través de la escritura en la que lo íntimo, lo subjetivo, se relaciona con lo que la

▲ José Carlos Cataño: *Disparos en el paraíso*. Ediciones del Mall, Barcelona, 1983.